

El Milenio

Marzail Gail

Un reciente artículo, escrito por un autor versado en tendencias corrientes, proclama la llegada de una nueva era. Según esta autoridad, la gente ya no está interesada en temas que habían sido urgentes en la década pasada; una actitud cínica hacia la religión, un punto de vista patrocinator a la espiritualidad y el idealismo, una avidez para lo bruto en pensamiento y conducta, ya no pueden ser clasificadas como modernos; mas bien, estamos recuperando del ‘materialismo de la posguerra’, y en la víspera de un período cuando los principales puntos en disputa serán el idealismo, la búsqueda de ‘una religión que satisface a aquellos que no estén afiliados a ninguna iglesia’, y una actitud más científica hacia la ciencia, cuyas hipótesis aceptaremos con discreción, en vez revolucionar, de inmediato, nuestro modo de vida a base de alguna nueva teoría, la cual puede ser refutada más tarde.

Los bahá'ís han sido conscientes de esta nueva época inminente por más que cien años. Fue en 1844 que Su Santidad, el Báb (en castellano, la Puerta, un Enviado de Dios y Precursor de Bahá'u'lláh) apareció en Persia y despertó al Este, para la venida de ‘Aquel a Quien Dios Hará Manifiesto’, y esa Venida ocurrió cuando el mundo estaba en la más profunda miseria y hundido en el mar del materialismo. Lo que el artículo citado refirió como el ‘materialismo de la posguerra’ fue en gran sentido no-posguerra sino la guerra misma; era el resultado del atroz materialismo acumulado a través de siglos de alejamiento gradual de las Verdades Divinas. Un estudio del climático siglo diecinueve verificaría esto. Los tiempos eran feos con el sufrimiento ocasionado por la mal administrada Revolución Industrial, una sociedad inhumana y destructiva, un Napoleón; los seres humanos estaban apretados en casas de caridad y dejados allí para morir; los niños trabajaban diecisiete horas por día en las minas; las familias vivían con ‘papas y puntos’ - colgando un trozo de carne sobre su mesa y mirándolo mientras comían papas. Las páginas que los historiadores han dejado a tras no sólo traen detalles del intenso sufrimiento físico, sino también describen la tortura espiritual que caía sobre los hombres; la muerte les rodeaba por completo, y gritaban por socorro, y recurrían de una arca de salvación a otra.

Era una nueva cosa en la historia, esa anticipación del milenio. Las Edades Medias Occidentales habían mirado atrás sobre sus hombros a los ancianos y la Biblia; si esperaran una nueva época, era únicamente una en la cual todas las cosas serían destruidas y el mundo cesaría de existir; y aun en la vida, buscaban la

muerte, mortificaban su carne, y se retiraban a la soledad. Con el Renacimiento y la llegada de humanismo, un desarrollo intelectual y material comenzó, que terminó en el brillante siglo dieciocho, un período en el cual los hombres podían ver a través de las condiciones existentes pero no por encima y más allá de ellas, y en el cual los intelectuales patrocinadores se divertían con sus propias técnicas. Como cada texto revela, el segundo mitad del siglo dieciocho presencié una ola de idealismo sensitivo que pasó rápidamente al caótico siglo diecinueve. Desde los finales del siglo dieciocho, los hombres empezaron a profetizar una Nueva Época, un Milenio, y parecía que no había ningún pensador que no anticipaba la venida de un Nuevo Día. Carlyle fulminaba de la abominación de la desolación y veía un Fénix remontándose por encima de un mundo en llamas; para Ruskin, una Belleza ética y benigna moralizaría la sociedad; Arnold pensaba que la cultura, la dulzura y la luz asegurarían un Nuevo Orden; Emerson esperaba un Poeta Maestro que abriría nuevos horizontes; los seguidores de Santo Simón rizaban sus chalecos abotonados por atrás como un signo de la nueva interdependencia fraternal; Musset, un ardiente joven Romancista, gritó, ‘¿Quién de nosotros será un Dios?’

Todo sabemos lo que resultó. Los Milleristas subieron a su colina y Jesucristo no bajó flotando sobre las nubes; el ardiente Nueva Eraista fue sofocada en 1848 por las reacciones políticas que tuvieron lugar; los halos fueron quebrados, uno tras otro; y después los hombres se avergonzaban de tener aún más esperanza, y gradualmente se dirigían a las realidades más frías disponibles; hubo un hombre como Zola, una teoría como de Darwin, una actitud sin esperanza, sojuzgado, inversivamente desafiador que ahora es llamado ‘moderno’.

Durante ese tiempo, mientras el mundo se atormentaba y esperaba la salvación, la Nueva Era estaba amaneciéndose en un país perdido y olvidado. En 1844, en la década que los historiadores llaman la línea de demarcación entre nuestra era y el muerto pasado, el Báb anunció la venida de un gran Maestro Universal. En Persia, aunque antiguamente era el rey de reyes, en ese entonces, había sólo ruinas donde antes había sus palacios.

Persia, en 1844, era una sinopsis de todas las condiciones malignas que puedan afligir a la humanidad: prevalecieron el despotismo, la pobreza, la ignorancia, el odio mutuo; las masas que dependieron, por guía, enteramente de un sacerdocio avaro y tiránico; las mujeres, las educadoras de la humanidad en sus años más impresionantes, fueron degradadas a una posición servil; había un gobierno despótico; un país donde el idealismo y la espiritualidad habían sido arrojados; un pueblo herméticamente aislado contra la salvación. Sin embargo, aun allí, un grupo de hombres esperaba un milenio, sentían la inminencia de un renacimiento espiritual. Reconocieron al Báb, no solo por las profecías que habían estudiado y que Su venida había cumplido, no solo por sus años de oraciones y meditaciones,

sino también por Su Presencia radiante y majestuosa, Su conocimiento inspirado y Su mensaje triunfante. Y así ocurrió que el Este fue despertado y preparado para Aquel Quien fue anunciado, Bahá'u'lláh (La Gloria de Dios).

Las profecías son pruebas de una Nueva Época para los estudiantes de varios Textos Sagrados; pero también para los irreligiosos, agnósticos, ateos, o indiferentes, pruebas igualmente irrefutables reiteran el Advenimiento del Milenio espiritual.

El mundo moderno está dividido entre sí, y un mundo así no puede durar. La única salida posible de las actuales condiciones es el arbitraje, y, sin embargo, es nulo e inútil cuando los árbitros tienen las antiguas divisiones en sus corazones. La religión es el único poder suficientemente intrínseco e imponente para amalgamar a la humanidad; la unidad significa la unidad religiosa; dónde las religiones desacuerdan, siempre hay un punto más allá, un lugar secreto en el corazón de cada hombre, en que sus hermanos no pueden entrar, un altar donde se inclina su cabeza en hostil superioridad. La humanidad necesita una religión, una norma de conducta; en la actualidad no hay ninguna norma; lo que es recto en una casa, es una ofensa mortal en la próxima; cuando una sociedad ya no cree en un Bien indivisible y máximo, que es Uno como el color blanco es uno, esa sociedad está en sus agonías de muerte.

La Voluntad de Dios, revelada a través de los siglos por Sus Manifestaciones, es el máximo Bien. Dios Se revela más completo en el más noble de los hombres, la creación más alta, Su Manifestación. Dios puede ser claramente reconocido sólo por medio de los Grandes Maestros, Quienes son Sus Exponentes vivientes. Es inútil decir que podemos construir un Dios por nosotros mismos; nuestras imaginaciones pertenecen a nosotros, y no podemos aun evitar ser patrocinadores a nuestras pertenencias porque son nuestras, mucho menos adorarlas; aun un Emerson o un Dante no pueden percibir mas allá que un 'Sobre-Alma' o una 'Gran Rosa Blanca'. Pero entre las Manifestaciones de Dios, puesto que es solo por medio de Ellas que encontramos la norma, no hay ninguna Manifestación del pasado, Cuyas enseñanzas en su forma actual, podrá traer la paz.

Los misioneros nos cuentan que han sido obligados de dividir sus esferas de actividad en zonas, cada zona recibiendo la fe según la interpretación de una secta diferente; esta apenas puede ser llamado una diseminación de la unidad.

Han pasado siglos y nadie ha sido capaz de hacer una selección conclusiva entre los 'dos y setenta sectas conflictivas'. Es dudoso si debemos guardar una llama de fuego sagrado, o bañarnos en el río Ganges, o llevar una vaca sagrada a pastorear. Nuestras miles escuelas de pensamiento, consecuencias de la creencia religiosa, son igualmente incapaces de reunir a los hombres. La filosofía no puede ser vivida sin la religión. El agnosticismo no satisfaría a una mente activa. El ateísmo

expuesto es nada más que el teísmo con algunos cambios en vocabulario y el ateo está buscando, a tientas, una norma también.

Es sólo por obedecer los mandatos de Bahá'u'lláh, el Portavoz de Dios para la época actual, que adoramos a un Dios y servimos a una humanidad, siguiendo la unidad esencial en el corazón de cada religión, que el mundo podrá estar en paz.

Todos están de acuerdo que la paz entre las naciones es imperativa, que los castos y razas deben ser reconciliados, que deben remendar los daños que han hecho unos a otros, que la educación universal de calidad espiritual, como material, es esencial, que la verdadera ciencia y la verdadera religión están en armonía, que los hombres y las mujeres son iguales... Es fácil de estar de acuerdo con los principios Bahá'ís, pero no de obedecerlos.

Los bahá'ís son los que, de no ser satisfechos solo con el mero acuerdo, dan sus vidas tratando de obedecer las Enseñanzas de Bahá'u'lláh; han escogido el camino que les lleva al martirio, a la pérdida de fortuna, a la constante renunciación de los deseos personales.

Y tal como cada bahá'í ha visto el alba de un Milenio en su propio alma, ha sentido a sí mismo cambiándose, desarrollándose, casualmente llevando acabo lo que los hombres consideran imposible, así se encontrará el mundo entero a sí mismo transformado, el viejo materialismo pasado al olvido y la Nueva Espiritualidad establecida.